

GÉNERO Y TERRITORIALIDAD TRIQUI: LA APROPIACIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO EN SAN ANDRÉS CHICAHUAXTLA, OAXACA

Gender and Territoriality Triqui: The Appropriation of Domestic Space in San Andrés Chichahuaxtla, Oaxaca

Palmidia Sánchez Monsalvo

Colegio de Postgraduados

sanchez.palmidia@colpos.mx

Rufino Díaz Cervantes

Colegio de Postgraduados

rufinodc@colpos.mx

María del Rosario Ayala Carrillo

Colegio de Postgraduados

madel@colpos.mx

Emma Zapata Martelo

Colegio de Postgraduado

emzapata@colpos.mx

Resumen:

En este trabajo se exponen los resultados de un estudio que analiza los vínculos entre el género y la territorialización del pueblo triqui de Oaxaca, México, específicamente se discuten los hallazgos del proceso de apropiación del espacio doméstico, denominado aquí “la casa”, y sus vínculos con lo público y la comunidad; fenómeno de amplia complejidad cuando se trata de aprehenderlo desde la perspectiva de género y entenderlo desde sus disposiciones, significados, percepciones, vivencias y sentimientos, que conjugan lo generizado y lo generizante de ese lugar y de sus relaciones internas y externas. En él se dinamiza y corporiza parte del sistema simbólico de la etnicidad y la práctica de la territo-

rialización triqui. La metodología se fundamentó en una etnografía, apoyada por la observación directa, entrevistas informales y fotografía participativa. En este proceso se recurrió a la propuesta de “cronotopo de género”, con el fin de evidenciar la relación entre espacio y tiempo, a través de la identidad étnica y el ordenamiento de género, y su influencia en los significados, usos y percepciones, del lugar y sus intersticios, en las experiencias de mujeres y hombres. Se encontró que lo doméstico es vivido en función de los roles y necesidades de las y los integrantes de la familia, que evidencian la división generizada de “la casa” y la vigencia de la etnicidad triqui.

Palabras Clave: Género, Espacio, Territorialidad, Casa, Espacio vivido.

Abstract:

The present paper shows the results of a study analyzing the links between gender and territorialization of the Triqui people of Oaxaca, Mexico. Special attention is given to the findings regarding the appropriation process of the domestic space, herein named “the home”, and its links with the public and the community. This is a highly complex phenomenon when we approach it from a gender perspective and try to understand it based on dispositions, meanings, perceptions, experiences, and feelings, which conjugate the genderized and genderizing aspects of the location as well as its internal and external relationships. Here we can dynamize and embody part of the symbolic system of the Triqui ethnicity and territorialization. The methodology was based on an ethnography, supported by direct observation, informal interviews, and participative photography. In this process we proposed a “gender chronotopy” in order to evidence the relationship between space and time through the ethnic identity and gender ordering, as well as its significance in meanings, uses, and perceptions of the location and its interstices, on the experiences of women and men. We found that the domestic situations are lived in function of the roles and needs of the family members, which evidence the generalized division of “the home” and the validity of the Triqui ethnicity.

Key words: Gender, Space, Territoriality, Home, Lived space.

Introducción

Desentrañar la complejidad del territorio triqui¹, implica adentrarse en cada uno de sus componentes, más allá de lo físico y de los prejuicios que imprimen perspectivas estáticas de lo indígena. En esta investigación se trata de abordar y entender “la casa”, en tanto una de las dendritas del espacio y espacialización que configuran las prácticas cotidianas e históricas de la territorialidad triqui.

Aquí, la casa, es entendida como aquel espacio doméstico en el que se identifican intersticios o microespacios, tales como la cocina, los dormitorios, el traspatio, y espacios de múltiples usos, asignaciones y significados de experiencias compartidas por mujeres y hombres, quienes asumen y recrean los dictámenes de un orden de género, relacionando pasado y presente, resiliencias y resistencias, conflictos y negociaciones con la hegemonía cultural, política y económica de occidente, impactando sus sistemas simbólicos cosmogónicos, provocando una resignificación en su etnicidad (Martínez, 2002).

En los espacios domésticos de “las casas” se vivencia la cotidianidad privada de ser triqui en la contemporaneidad; valores, forma de pensar, ver y hacer el mundo, lo cual conforma el estatuto individual y grupal de la “familia”, fundamentos de la identidad colectiva del pueblo originario. En este sentido, se propone “la casa” como una forma para aproximarse a entender la complejidad generizada y etnizada de la territorialidad triqui, no obstante a que esta propuesta presenta retos para la aprehensión, puesto que sus límites son ambiguos,

¹ Uno de los 58 pueblos originarios, sobrevivientes a la colonización española, en México.

concibiéndose como un espacio complejo que se sitúa entre lo público y lo privado, respecto a lo que se denomina como “la comunidad” y “el territorio”.

En este trabajo se planteó como objetivo, evidenciar las subjetividades étnicas y de género, presentes y actuantes en la construcción y significación del espacio privado y sus intersticios, así como vislumbrar sus relaciones e importancias en las prácticas cotidianas de lo público, identificado en la acción de la comunalidad o de la territorialización triqui, partiendo del supuesto de que en él se hace vigente la construcción y ordenamiento de género, matizado por la resignificación étnica, concepto, que según Martínez (2002) es producto de los encuentros y desencuentros interculturales con occidente.

Geografía y perspectiva de género en el estudio del espacio doméstico

La investigación parte de los postulados de la geografía humanista y de género. La primera conceptúa al espacio geográfico desde la subjetividad del sujeto que lo habita, relacionada con procesos de identidad, posicionamientos en las estructuras, ejercicios de poder en las relaciones sociales y condicionamientos en todas y cada una de sus acciones. Al integrar la perspectiva de género a esa lectura de la geografía humanista se puede reconocer los procesos de generización de ese sujeto. Es decir la carga y los condicionamientos de género en su subjetividad y vida cotidiana. En este caso la perspectiva de género se transversaliza con la categoría etnia, permitiendo no sólo la localización teórica del sujeto generizado, sino sus matices causados por las dimensiones simbólicas de la etnicidad.

La propuesta esbozada busca abrir una ventana para el análisis de las formas y modos en que los procesos sociales, culturales y políticos, imbuidos del género, la etnia y de otras categorizaciones sociales, contribuyen a crear, reproducir y transformar el espacio y el tiempo doméstico, ligado finamente y de manera compleja con lo público de la comunidad y lo reconocido como el territorio, desde donde la y el sujeto lo vive. En ese entramado de espacios y tiempos emergen los lugares, entendidos como producto de las apropiaciones humanas, donde significados y vivencias tienen especial sentido. En ellos se expresan identidades, posiciones estructurales y relaciones sociales; donde la subjetividad de hombres y mujeres es reconocida a través de su pertenencia, cultural e historia del lugar.

Interesa entender el papel del género y la etnia en la apropiación del espacio doméstico indígena, lugar engarzado a la territorialidad originaria desecha y rehecha a lo largo de su sobrevivencia (Díaz, 2012). Lo que está en el centro de todo ello, recurriendo al discurso de Rubin (1997) es el entender el ejercicio del poder percolado en la subjetividad del sujeto y la construcción del espacio, partiendo de que el género como perspectiva teórica y política, permite entender las disposiciones, las imposiciones y acomodos culturales sobre el sujeto humano, de sus cuerpos y mentes, estructurado y organizado en las definiciones de la espacialidad privada y pública.

En el fondo de ello se logra comprender que, desde la cultura patriarcal y heterosexista, se ordena lo biológico, partiendo de cánones impuestos, resultando identidades o "construcciones culturales" generizadas (Scott, 1986) y relacionadas con ideas y prácticas sobre lo que se juzga apropiado o no para mujeres y hombres, en tiempos y espacios diversos, entre ellos lo considerado como privado o doméstico. De acuerdo con Dalton (2010, 65) una parte importante en la comprensión del ordenamiento doméstico son las funciones, actuaciones, normas y estereotipos de género, que hacen de lo masculino y lo femenino una expresión de las pedagogías y aprendizajes del género. Tal ordenamiento obliga a unos y otras a asumir sus contenidos, practicarlos, replicarlos y muy rara vez cuestionarlos, de allí que se produce una legitimación y naturalización del uso del espacio. La valoración espacial queda establecida en las actividades que cada persona realiza, siguiendo los mandatos y roles de género establecidos. Al respecto Harding (1996, 17-18) señala que:

Prácticamente en todas las culturas, las diferencias de género constituyen una forma clave para que los seres humanos, se identifiquen como personas, para organizar las relaciones sociales y simbolizar los acontecimientos y procesos naturales y sociales significativos.

Esta concepción no sólo organiza las relaciones entre mujeres y hombres, sino que construye lo que cada quien ha de ser en determinado contexto; condiciona la valoración asimétrica en las relaciones intergeneracionales, en las que los hombres detentan la posición dominante (Barfussón *et al.* 2010, 360). Tal posicionamiento representa un enclave fundamental para el análisis del espacio doméstico, enfatiza la forma en que mujeres y hombres acceden, controlan, manejan, significan y se identifican con los diversos lugares, privados o públicos, las valoraciones diferenciadas del entorno y acciones que expresan sus sentimientos en el territorio.

En este caso, lo privado y lo público se propone como un medio heurístico fundamental para entender la organización social de un grupo, con una identidad étnica concreta, a través de la apropiación interna del espacio y defensa o gestión externa, aquello que hace surgir al territorio. Según Sabaté *et al.* (1995) ello deriva en reglas y jerarquías, las cuales se experimentan en las delimitaciones, significaciones, ocupaciones, usos y vivencias de los espacios por un grupo, culturalmente diferenciado.

Percepción, concepción y vivencia del espacio doméstico

IncurSIONAR sobre los significados del espacio doméstico, remite a entender la percepción, concepción y vivencia de las y los sujetos que intervienen en él de manera cotidiana, generacional e histórica, de manera individual y colectiva. Siguiendo la propuesta planteada en este trabajo, la intención es tratar de superar las discordancias de la aprehensión individual, procurando comprender las elaboraciones colectivas. Como señala Santos (1996, 60), cada persona ve, concibe y vive un mismo fenómeno de forma diferente, así los espacios, en tanto fenómeno social diverso y complejo, son el resultado de las subjetivaciones que elaboran las y los sujetos a partir de diversas fuentes de conocimiento, presentes y de gran utilidad en la experiencia de la vida cotidiana y en sus estrategias de reproducción. En el caso de la construcción del espacio y el tiempo indígena contemporáneos, son además expresiones de procesos de generización y etnicización histórica; representan la percepción, concepción y vivencia de los espacios a través de su sobrevivencia al despliegue del sistema mundo occidental (Dussell, 2005).

Eso es precisamente lo que hace del lugar un “espacio vivido”, entendido entonces como las materializaciones de las percepciones y concepciones del espacio-tiempo de las y los sujetos de manera individual y colectiva. Éstas constituyen fundamentos racionales y emocionales de las acciones humanas, que desde el espacio doméstico estarán dirigidas a satisfacer diversas necesidades individuales, del grupo doméstico y comunitario.

Por tanto, puede afirmarse que el espacio vivido de lo doméstico coexiste con otros espacios, esto sucede a través de las complejas interrelaciones con lo considerado como comunidad y lo que denomina Augé (2008) como espacio vital antropológico. Así, el “espacio vivido” de lo doméstico, comunitario y territorial se convierte en el lugar en donde se inscriben la historia y la tradición, las prácticas sociales, los rituales y la lengua. Es el lugar donde transcurre el hito de la sobrevivencia y se inscriben la cultura objetivada y subjetivada (Zapata *et al.*, 2014, 9).

La emergencia, consolidación y reproducción de los espacios vividos, dependen de las diferentes relaciones, percepciones y representaciones de las prácticas que sustentan la cotidianidad, influidas e intervenidas por los entornos culturales en que han crecido y evolucionado, influidos por el acceso a la formación, educación e información, lo que hace que los espacios vividos se consoliden como “espacios conocidos” (Vargas, 2012).

Sin embargo, cada espacio doméstico tiene una historia y antecedentes de su actividad, cuyos miembros realizan en torno a su reproducción y que, a la vez, contribuye a reforzar la identidad con la sociedad a la que sienten pertenecer. Esta, a su vez, los hace ser y sentirse reconocidos como parte de un ente social, histórico y vital mayor, cuya identidad los arropa frente a otros entes culturalmente diferenciados y no pocas veces ajenos a intenciones de dominación. En él se conjugan redes y nodos de estructuras, relaciones y procesos internos y externos, que marcan el paso de la vida cotidiana y sobrevivencia indígena.

“La casa” indígena, categoría espacio temporal de generización y etnicización

La casa indígena es el espacio significado, vivido y apropiado por hombres y mujeres que mantienen entre sí vínculos estrechos y de pertenencias culturales diferenciadas por su etnicidad. Para García y De Oliveira (1994) la casa se refiere al espacio de lo privado o doméstico:

Un ámbito de interacción y organización de los procesos de reproducción cotidiana y generacional de los individuos vinculados o no por relaciones de parentesco. Allí se crean y recrean relaciones, solidaridad y conflicto; de intercambio y poder...tiene lugar la socialización de nuevos miembros y el reforzamiento de los significados y motivaciones que fundamentan las actividades grupales (1994,30).

En el contexto de las culturas originarias, el espacio doméstico está fuertemente ligado a la vida de la comunidad o comunalidad. Dentro de sus funciones, está el de la reproducción del sistema simbólico que fundamenta la identidad colectiva del pueblo originario. Un ejemplo de ello es su lengua materna (Lastra y Terrazas 2006), un medio por el que la colectividad de un pueblo nombra lo que está a su alrededor, el mundo de las ideas y de lo tangible, como sería la significación del espacio, su apropiación, uso y control.

En las propuestas para la comprensión del espacio, el discurso de Lefebvre (1961) otorga importancia a las experiencias de la vida cotidiana y sus vínculos con el tiempo y los elementos simbólicos que atraviesan cada una de las actividades que en él se realizan. En este caso, la subjetividad está mediada y reproducida por objetos que en él se contienen y se usan. Santos (1996, 68) propone considerar la relación entre sujetos y objetos, puesto que estos son resultado de la cosmogonía y acción de hombres y mujeres sobre el espacio. En los espacios domésticos, estarían aquellos artefactos utilitarios y de fines diversos, cuyo uso, manejo, control y significación son diferenciados e incluso sostienen, a partir de ello y del ordenamiento de género y etnia vigente, inequidades naturalizadas y difíciles de advertir como sostén de desigualdades intra e intergéneros. Así los objetos constituyen indicadores o señales de la prevalencia de ordenamientos generizados y etnizados funcionales a sistemas simbólicos dominantes, tales como el patriarcado y la heteronormatividad.

A través de este recorrido discursivo, se puede entender que el espacio privado, es más que un “contenedor” de acciones vividas; es la expresión de comportamientos que transcurren de manera compleja en la cotidianidad, donde se hacen vigentes las construcciones de género y etnia. Por ello constituye un referente, un lugar que es dotado de un sentido más íntimo por quienes lo habitan y, al mismo tiempo, les otorga a ellos y ellas sentido de pertenencia a ese lugar de “la casa”, en que se sostienen estructuras de lo comunitario y lo territorial.

Género y etnia en la definición de espacio y tiempo “doméstico” indígena

Entre los aspectos a considerar en las definiciones de espacio y tiempo “doméstico” o privado y lo público indígena, son sus efectos y afectaciones generizadas y etnizadas sobre las biografías, cuerpos y percepcio-

nes de las personas o sujetos. Sabaté *et al.*, (1995, 302) plantean que existen diferencias en la percepción y acción de esas dimensiones según el género asignado y asumido, cuestión que involucra el desarrollo o formación del cuerpo y sus sentidos.

Para entender la dinámica del espacio privado, además de lo ya señalado, es necesario recurrir al concepto de “vida cotidiana”, es decir lo temporal, sea efímera o permanente. El espacio doméstico está relacionado con la acción rutinaria y ritualizada, lo cual implica la expresión de procesos de reproducción de patrones culturales, en el que se identifican también cambios o modificaciones, dependiendo de la cultura, el contexto socioeconómico y de las biografías personales (Di Nucci y Lan 2006).

La vida cotidiana también expresa procesos económicos y sociales que privan en el espacio doméstico de la casa y sus relaciones con el espacio público, sea a nivel comunitario o local e incluso global (Turner 1999). A través de la dinámica de la vida cotidiana, generizada y etnizada, las personas reconocen, significan y perciben sus pertenencias al espacio doméstico, y sus intersticios, así como sus dimensiones en espacios más amplios y complejos como los de la comunidad o territorios vitales.

La comprensión de lo doméstico, en cuanto uno de los lugares de la territorialidad triqui, implica abordar la intersección de espacio y tiempo. Para Lefebvre (1961) el tiempo es más que una entidad geográfica, es social y lo concibe como la permanente intersección de tiempos lineales y tiempos cíclicos, los primeros derivan del uso e internalización de la tecnología, el conocimiento y la racionalidad; los segundos, de la naturaleza. Lindón (2004) plantea que esa intersección espacio temporal es una escala definida por el ciclo de las 24 horas, en el que se insertan las prácticas humanas y otorgan al tiempo un sentido constante, de repetición, de cotidianidad e historicidad. En él está el pasado, el presente y el devenir histórico de lo espacial. De él depende lo vivido, lo que se está viviendo y lo que está por vivirse. Esto es lo que se denomina como “espacio vivido”, única fuente de donde es posible percibir la forma en que las y los individuos se significan y valoran, y con lo que despliegan complejas estrategias o acciones, de acuerdo con sus intereses, necesidades o deseos ligados a los tiempos y sus escalas de medición, de registro o percepción.

Otra propuesta, no ajena a las señaladas, para entender la relación entre espacio y tiempo, en la cotidianidad de lo privado o lo público, es la planteada por Del Valle (1991, 227) como “cronotopo”, quienes además le otorgan la dimensión del género, denominándolo como “cronotopo de género”, el cual es visto como un sistema cultural, cuyas bases son las formas del conocimiento y usos del tiempo y el espacio. Indican que en él opera la división de género, visible en ocupaciones temporales, permanentes o ausentes en y por mujeres y hombres.

Textualmente, las autoras aluden que los “*cronotopos genéricos* (hacen referencia a)...*los puntos donde el tiempo y el espacio imbuidos de género aparecen en una convergencia dinámica.*” (Del Valle, 1991,12). La propuesta aludida es útil en este trabajo para entender que las actividades y relaciones, que transcurren en el espacio de lo doméstico triqui, están relacionadas con la influencia del orden de género prevaeciente en sus intersticios, así como de sus vinculaciones con los espacios públicos, de la comunidad y territorio. Ello afecta tanto la división del trabajo como la asignación y apropiación de recursos tangibles e intangibles, entre ellos los ciclos del tiempo y la apropiación del espacio.

El uso del concepto de cronotopo permite entender la flexibilidad del espacio; sus cambios o inestabilidades, dimensiones y dinámicas que lo descubren y ubican entre lo efímero y lo perdurable. Así, lo privado se reconoce como espacio vivido; producto de apropiaciones sociales que reflejan todo tipo de relaciones, tales como las de género y etnia, que en el caso de lecturas hechas sobre los pueblos indígenas en México, requieren considerar el contexto de la constante interacción, conflicto y negociación intercultural.

Así, las relaciones de género dependen de la carga de significaciones y actividades asociadas al deber ser de lo sexuado, es decir al ordenamiento del género orientado desde el patriarcado y el heterosexismo, mientras

que las relaciones étnicas se refieren a los vínculos condicionados por sistemas simbólicos, desde los que esos sujetos generizados definen su identidad, cosmovisión y disposiciones hechas y rehechas en el fragor de relaciones conflictivas y negociadoras entre las resistencias y resiliencias de su ancestralidad y los contactos culturales históricos con occidente, de los que generalmente derivan estructuras, posiciones y relaciones interculturales verticales.

Con los elementos discursivos discutidos se puede entender que en los pueblos originarios de México, como el triqui, se reproducen relaciones entre espacio y tiempo mediados por la impronta cultural de occidente, en la que el sistema simbólico que sostiene su etnicidad y el ordenamiento de género fueron trastocados, situación que requiere ser tomada en cuenta en la comprensión de la espacialización originaria de la contemporaneidad.

Metodología en la comprensión de “la casa” como espacio generizado y etnizado

Se planteó una investigación cualitativa, acorde a una etnografía de la cotidianidad doméstica, que diera cuenta de las dinámicas generizadas y etnizadas del espacio doméstico. La herramienta central fue la plática y la observación constante, con la finalidad de documentar las situaciones que transcurren en él. De esta forma se registraron aquellas actividades realizadas, las que se dejaron de hacer, y de todo aquello que revela que el espacio doméstico tiene una cotidianidad interna orientada desde ordenamientos de género, ubicadas en el contexto de la identidad triqui y de su territorialidad.

La plática tuvo cierta informalidad y estructuración; fue dirigida a registrar evidencias discursivas de la vivencia personal y colectiva. La estructuración se refiere a que se buscó seguir un formato de “entrevista informal”, fundada en un guión, dirigido a reunir evidencias discursivas, para su posterior ordenamiento y análisis semiótico. De éste tipo se realizaron 30 a mujeres jóvenes y adultas, de entre 25 y 80 años, así como a 25 varones, de entre 28 y 75 años de edad. Se utilizaron nombres ficticios con el fin de resguardar la privacidad de las y los informantes.

En cuanto a la observación, ésta se acompañó de la fotografía participativa, la cual fue propuesta como medio para registrar y documentar interpretaciones hechas por las y los participantes a través de fotografías, tomadas por ellos y ellas mismas, sobre la cotidianidad de intersticios de lo doméstico, generalmente vedados para sujetos que no viven esos espacios, como sería el caso de las y los investigadores.

El ejercicio de la fotografía participativa procedió de la siguiente manera: se atendieron invitaciones, ocasionales y momentáneas, de hombres y mujeres participantes en la investigación para visitar sus casas. Estas situaciones se aprovecharon para que, a su vez, las y los participantes fotografiaran detalles de su cotidianidad doméstica. El uso de la cámara fotográfica, por ellos y ellas mismas, generó un bagaje de fotografías que expresaban lo que fue de su interés. Éstas sirvieron como apoyo en la elaboración de sus propias narrativas, elaboradas individualmente y socializadas en cinco talleres grupales, donde participaron cinco mujeres y cinco hombres, generando reflexiones y discusiones en torno a los contenidos y dinámicas de su espacio doméstico. De esta forma fue posible traspasar los umbrales de esos espacios domésticos. Es decir, de “la casa” triqui.

El propósito, como señala Lamphere *et al.* (2014), fue situar el conocimiento de la y el sujeto en su entorno inmediato, cotidiano y privado. Desde un discurso piagetiano, se buscó el reconocimiento y valoración de las y los participantes en tanto sujetos cognoscentes (Piaget 2005), quienes además, como se ha expuesto, son sujetos generizados y etnizados. De esta manera, las subjetividades dinamizadas en los espacios domésticos quedaron abiertas a la reflexión teórica y a su evidenciación empírica.

Tal práctica etnográfica, constituyó una experiencia llena de perplejidad para mujeres y hombres participantes, tanto por el acceso y manejo novedoso de una cámara fotográfica, como de los discursos producidos sobre un hecho u objeto cotidiano, que fue “congelado” a través de esa tecnología. Incluso, permitió registrar y entender expresiones de emocionalidad que comúnmente afloran durante los procesos de investigación participativa y que no son fáciles de documentar. Para el caso de la investigación, constituyó un medio pertinente, que habrá que ejercitar y mejorar, para facilitar el acercamiento, la descripción y la comprensión de la compleja cotidianidad del vivir “la casa”. Se considera que su uso podría ser un medio para superar, en parte, el sesgo que impone la presencia de agentes externos en las entrañas del espacio privado.

La observación, las pláticas, las entrevistas y los talleres de fotografía participativa se asumieron como fuentes de evidencias empíricas, donde el relato o discurso del sujeto indígena ocupa un lugar central. Este fue elaborado, reconstruido y reflexionado a través del diálogo, y permitió registrar las formas y condiciones en que se construyó el discurso, incluso se recuperó el lenguaje utilizado en las expresiones, incluyendo gestikulaciones o actitudes de las y los participantes, lo que Sandoval (2002) identifica como otras maneras de hablar y comunicarse.

La interpretación y análisis de fotografías, discursos individuales y grupales, así como de los diversos datos registrados a través de la observación, hicieron posible escudriñar cómo usan los espacios y se apropian de ellos, las disposiciones y configuraciones de género y etnia, la presencia, uso, significación y control de objetos, así como de actividades y roles que mujeres y hombres realizan entre las interconexiones espaciales dentro de la casa.

San Andrés Chicahuaxtla en el contexto geográfico e histórico de la territorialidad triqui

El estudio se realizó durante el año 2016 en San Andrés Chicahuaxtla, una de las comunidades del pueblo originario triqui. Se ubica al noroeste del estado de Oaxaca, donde se unen la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre oriental. La territorialidad triqui se pierde en la oficialización del espacio otorgado al pueblo mixteco. En esta geografía, el pueblo triqui se ubica en el conocido “nudo mixteco”, al que se le atribuye una extensión de alrededor de 500 kilómetros cuadrados. El territorio triqui se compone de dos comunidades o asentamientos uno de ellos es San Juan Copala, el otro es San Andrés Chicahuaxtla. Estas se ubican en la parte baja y alta de Putla de Guerrero, Oaxaca, respectivamente. Este estado, es reconocido por su condición multicultural, pues en él habitan catorce pueblos originarios, entre ellos el triqui.

El pueblo triqui ha sobrevivido la cruenta e incesante expansión del sistema mundo occidental. Aunque es clara la resiliencia y resignificación de la cultura originaria, se advierten procesos de transformación de sus lugares, instituciones y sociedad en general, cuyas tendencias se dirigen a una mayor integración a la sociedad nacional, enclave de la globalización, sobre todo a través de la migración, la intensificación de los medios de comunicación, el mayor acceso y uso de TIC y redes sociales. Ese fenómeno evidencia que la sociedad triqui está viva y es capaz de reconstituirse y resignificarse ante los embates culturales hegemónicos, tal como lo han demostrado durante más de medio siglo. Esquivel (2006:37) plantea que durante ese tiempo y en la contemporaneidad, los pueblos indígenas en México, han experimentado *“una construcción histórica-biográfica en cuya constitución intervienen las/os actores y sus interpretaciones, el tiempo, los usos del espacio, sus narrativas y una terminología particular que los denomina, cuyo valor precisamente recae en que le asignan ese carácter diferencial”*.

En este tránsito histórico los contenidos de la subjetividad indígena, el acceso a los diversos recursos y, en general la dinámica de su territorialidad quedaron marcados por la influencia occidental desde el siglo XVI, reinventada hasta el presente. Así, ideología, comportamientos, costumbres y territorios indígenas fueron trastocados profundamente.

Habitando el espacio doméstico en San Andrés Chicahuaxtla: “la casa” como espacio feminizado

Los resultados de la investigación permitieron visibilizar la manera en que los contenidos de género y etnia, están integrados en vínculos dinámicos y problemáticos con el espacio doméstico.

El espacio doméstico es lo que frecuentemente se identifica como “la casa”. Es decir, es la expresión singular del espacio privado, delimitado y entendido en contraposición de lo público, identificado como lo comunal, por lo que constituye un componente central de la territorialidad triqui contemporánea.

A través del análisis de “la casa”, siguiendo la propuesta de Del Valle (2000), se identificaron algunos cronotopos de género, también aquí denominados como intersticios o microespacios, tales como la cocina, el patio, los dormitorios, el corredor, las puertas, etcétera, que perduran o cambian de acuerdo con su uso, asignación de género, contenido ritual, significación cosmogónica y las actividades insertas en el ciclo del tiempo. La propuesta de cronotopo ha sido útil no tanto para definir el espacio físico, sino su construcción simbólica generizada y etnizada

En este sentido el conjunto de microespacios o intersticios aludidos se encuentran delimitados casi todos de manera ambigua, aunque otros están plenamente definidos, tal es el caso de la cocina. Ésta se ubica en espacios externos, aunque delimitados de manera imprecisa; se coloca a unos pocos metros de lo que podría denominarse como jardín y patio. Generalmente están separadas de las habitaciones principales y dormitorios. Mantienen características propias muy relacionadas con las prácticas ancestrales como son la distribución de los espacios y el tipo de objetos que allí se utilizan.

Para las mujeres triqui, la cocina se identifica como uno de los cronotopos de género donde desempeñan y legitiman una de sus funciones trascendentes: el de la reproducción. La característica de este intersticio cronotópico, es su condicionamiento de género sobre la permanencia de las mujeres en torno al trabajo. Ellas son quienes cotidianamente elaboran la comida, actividad que requiere de muchas más actividades, tales como la limpieza del lugar y el uso de diversos objetos, significados desde el género y que contribuyen a socializar dicho orden. Al respecto, una mujer dijo lo siguiente:

El metate y comal lo usamos para atender bien a los hombres, a nuestros esposos, y cuando ven a sus hijos agarrando una bolita de masa dicen: ¿Qué eres vieja para estar agarrando la masa?, eres hombre, agarra el machete, ¡vamos al campo!, dicen, solo ellos meten la idea bien, que no les va a servir pues (Macaria, Junio 2016).

Otra mujer complementa la observación expresando quién domina en el espacio de la cocina:

Un hombre no puede ni siquiera calentar una tortilla, porque un hombre no puede ni servir su comida y pues está mal lo que hicieron los antepasados, bueno los triqui, y algunos hombres dicen que si les ayudan a sus mujeres también a servir y hacer o juntar lumbre o algo pero dicen algunos hombres no pueden tocar eso, los hombres no comen sino están sus mujeres, no comen porque no pueden calentar tortilla...no piensan ni qué comida van a hacer (Marcelina, mayo 2016).

Al interior de una cocina, es posible observar que todos los objetos hablan de una dimensión simbólica que son el resultado de los significados que se les confiere. Cada objeto tiene una connotación específica según el uso y quién lo usa. Como afirma Santos (1996, 69), “la vida es sinónimo de relaciones sociales, y estas no son posibles sin la materialidad [...] la materialidad construida será fuente de relaciones sociales, que también se producen por mediación de los objetos”. Los objetos de la cocina, materializan la forma en que se intersec-

tan las relaciones sociales y de género, dando identidad a las mujeres, porque sus actividades las realizan con ellos.

Otras actividades generizadas son la proveeduría de fuentes de energía (acarreo, selección, almacenaje y racionalización de la leña) y de materias primas para la preparación de los alimentos (acarreo de agua, ir al mercado, intercambiar algunos productos), entre otras actividades. La presencia de los varones en ese intersticio, en la cocina, sólo se justifica en momentos como el desayuno o almuerzo, la comida, la cena o en algunas actividades tales como prender el fuego, hacer reparaciones, entre otras. Así como en la cocina, en el resto de los intersticios cronotópicos de la casa, se manifiestan las apropiaciones del lugar por hombres y mujeres, los roles de género y posicionamiento frente a los espacios.

En cada uno de esos cronotopos se advierten códigos, normas, valores y discursos que expresan ordenamientos de género y el simbolismo de la etnicidad triqui que permean la vida cotidiana en su interior. La etnicidad triqui expresa símbolos y significados diferenciados a otros grupos. Constituye su cosmología resiliente, la cual imprime concepciones que se distancian, muchas veces, de las orientaciones occidentales. Dice Agustín:

Las mujeres son las que agarran la masa y todas esas cosas de la cocina. Yo solo acomodo los troncos. Otras veces ayudo a prender lumbre, pero es todo (Agustín, mayo 2016).

En esa relación entre género y etnicidad se reflejan las formas de pensar y actuar de las y los sujetos; es lo que hace la cotidianidad y constituyen los fundamentos de procesos educativos intergeneracionales de hombres y mujeres, cuyos contenidos se fundamentan tanto en un ordenamiento de género, no distante del patriarcado y el heterosexismo, matizado con las ancestralidades y resignificaciones de la etnicidad o identidad triqui.

En esa asignación y división de género subyace la distribución de los espacios, las actividades, las funciones, etcétera, que si bien es cierto son significativamente importantes en las estrategias de reproducción social, dejan claro que ésta se sustenta en una complejidad de relaciones no equitativas entre hombres y mujeres. Las actividades que transcurren en la casa, en ese espacio-tiempo, siguiendo a Del Valle (1991), son identificadores tanto de situaciones como de expresiones de identidades intersectadas por el género y la etnia. Es allí donde se construyen las normativas y estereotipos que van a influir, más tarde, en las construcciones de lo femenino y masculino, desde la singularidad triqui. Al respecto, Dalton (2010,65) señala que:

Una parte importante del género son los roles sexuales, estereotipados de actuación masculina y femenina aprendidos culturalmente. Pero más allá del aprendizaje, los roles sexuales son las actividades que por ser hombre o ser mujer se deben asumir. Así la valoración espacial queda establecida en asignaciones, aprendizajes y actividades que se realizan siguiendo los roles sexuales que se han establecido.

Así, los espacios domésticos y sus intersticios cronotópicos se ven afectados de manera diferencial durante las horas del día, de la semana y el año. Por ejemplo, será difícil ver que un hombre adulto se encuentre en casa por la mañana, porque por su rol laboral se apropia del espacio externo donde realiza las actividades cotidianas ya sea en el campo o en alguna área específica de trabajo, cargos u ocio en la comunidad o fuera de ella.

Por otro lado se puede observar que una persona de edad avanzada mantiene una estadía en casa, porque sus asignaciones, funciones o responsabilidades en torno a la reproducción han cambiado, e incluso por su estado de salud, lo obliga a refugiarse en ese espacio. Esto redundaría en consecuencias que para el caso de los varones ancianos o enfermos no implica necesariamente la pérdida definitiva de "autoridad" o de rangos o posiciones privilegiadas en las estructuras del grupo doméstico, cuestión que no sucede en el caso de las mujeres. Las razones de ello se relacionan con las legitimaciones logradas por los ordenamientos de género

vigentes que lo constituyen como un espacio feminizado, lo cual las obliga a pasar gran parte de su vida en la casa y en aquellos cronotopos internos como la cocina, el patio, y la habitación donde duermen.

Así, la casa se convierte en el entorno principal de las actividades de las mujeres, excepto cuando se ven obligadas a cumplir con aquellas tareas como llevar comida a los hombres que se encuentran en el campo, participar en la siembra y la cosecha, recolectar leña, cuidar o pastorear ganado, asistir a reuniones en representación de los hombres, comprar alimentos para preparar la comida, ir al molino, asistir al centro de salud por alguna enfermedad o malestar, participar durante las fiestas, aunque esto sea sólo para apoyar el cumplimiento de cargos, asumidos por familiares, generalmente varones, así como asistir a servicios religiosos y fúnebres. Estas actividades son percibidas como parte de las extensiones de las responsabilidades domésticas y como acciones estratégicas en la reproducción de las redes sociales del grupo doméstico que se extienden entre los entresijos comunitarios y más allá de estos. Es decir, en aquel espacio reapropiado históricamente por el pueblo triqui y que hoy día constituye su "territorio". Esto evidencia que existe una subjetividad colectiva que constituye el fundamento de la identidad de este pueblo con una alta carga de género condiciona a que las mujeres vivan situaciones de exclusión y subordinación patriarcal.

Con ello se evidencia que la casa es, en el pueblo triqui, un espacio feminizado, pues la gran mayoría de las actividades y dinámicas que allí suceden y se realizan están a cargo de las mujeres, tales como: cocinar, cuidar y alimentar a los hijos e hijas, lavar la ropa, seleccionar y almacenar las cosechas, desgranar, hacer tortillas, tejer, cuidar de los animales de traspatio, entre otras, como lo expresó una mujer:

Me levanto desde las cinco (de la mañana)², cuando muelo, limpio mi nixtamal, voy al molino, llego (y otra vez), preparo mi nixtamal, después de ahí empiezo a moler. A las siete me regreso, hago mi comida y ya como a las 11:30 empiezo a moler y atiendo pues muchas cosas, lavar trastes... hago comida... me pongo a barrer, o si no me da tiempo en la noche a barrer y a trapear. A veces a coser algo, barrer, trapear, limpiar, barrer cualquier cosita. ¡Dios sabe que muchas cosas, muchas acciones!... pues estoy acá (en la casa) casi todo el día, pero nomas cuando salgo acá porque también (me) aburro de estar todo el día (en la casa) pues, también no puedo estar todo el día y ya salgo un ratito, voy a lavar mi ropa o a ver mis gallinitas, que están allá abajo, (voy a) ver (el) maíz y así, o voy a quemar las basuras y ya me regreso. Ya vengo ya veo otra vez sí... que falta de hacer algo, ya lo preparo... de ahí ya la cena como a las seis... Después lavo los trastes que tengo, limpio los frijoles, o mis verduras, las pongo a la lumbre. Me duermo ya como a las 10... no sé, por lo normal me duermo a las 11 es mi horario (Raymunda, mayo 2016).

Al observar la extensa e intensa lista de actividades y trabajos domésticos, que recaen sobre todo en las mujeres, adultas, jóvenes o niñas, se pone de manifiesto contenidos y relaciones de género que inciden directa o indirectamente en la apropiación y exclusión de los espacios domésticos y sus intersticios, donde pueden apreciarse las formas en que se asigna el trabajo, frecuentemente de manera permanente y repetida. Otras son aparentemente esporádicas. Su relativa temporalidad las naturaliza y contribuye a la no valoración, tal es el caso de "las comidas" para cientos de personas que asisten a las fiestas patronales y organizadas por varones quienes asumen diversos cargos comunitarios, sobre todo los religiosos. En éstas, las mujeres se organizan para elaborar las comidas, para la limpieza de objetos de todo tipo y acondicionamiento de los lugares que fungirán como cocina y comedor en las fiestas comunitarias.

Como se ha dejado ver, la casa es un espacio rutinario que las mujeres tratan de alivianar a través de asumir otras actividades fuera de ella, pero que continúan centradas en la reproducción del grupo doméstico y contribuyen a la creación y reforzamiento del prestigio masculino y a veces de las familias.

Otro espacio usado es el patio, espacio de expresión de las subjetividades y emociones respecto a lo que perciben y sienten en relación al medio natural. Algunas mujeres lo utilizan para estar con su telar, también es

² Paréntesis puesto sobre texto original.

un lugar que les genera tranquilidad, descanso, distracción porque están en contacto con el paisaje, en cierta forma es liberador del encierro en la cocina. Todas coincidieron en vivir momentos agradables en los patios.

Tejo aquí afuerita, aquí nada más porque a veces el telar y el hilo son bien delgaditos, casi no ve la luz y tiene que estar uno afuera. A veces tejo tres o cuatro horas, pero hay días que no aguanta la cintura, la espalda...entonces solo me quedo aquí un ratito viendo mis plantas (Otilia, marzo, 2016).

Hasta aquí se han expuesto argumentos de la construcción de la casa o espacio doméstico triqui, en donde es posible advertir la gran cantidad y complejidad de las labores asignadas a hombres y mujeres, mostrando así el orden de género existente, el cual generiza a dicho espacio. Es decir, revela la subjetividad generizada de quienes habitan la casa. Por ello cabe resaltar la forma diferenciada en que hombres y mujeres perciben, significan y viven ese espacio, que además, se relaciona con la ambigüedad de sus límites y de su relación con lo público o comunidad, cuestión relacionada con la cosmogonía que muestra la resiliencia y resignificación de la identidad triqui.

Una de las expresiones del ordenamiento de género y de su transversalización con la etnia es posible advertirla en la significación y distribución del trabajo, el cual está íntimamente definido y relacionado con las actividades y roles en torno al “deber ser”. Pese a que este se matiza por la vigencia de un sistema simbólico, que expresa los (des)encuentros entre lo considerado como identidad étnica ancestral triqui y las influencias persistentes del despliegue occidental. El espacio doméstico, el trabajo, se identificarán como parte del lugar, mostrando así con mayor fuerza el “deber ser femenino”. Esto se refiere a cómo las mujeres se preocupan y ocupan de actividades en beneficio de la casa, de “los otros”, como el preparar alimentos y mantener la cocina y ropa limpia, corroborando el discurso del “ser para otros”, planteado y denunciado desde el feminismo, como un producto del sistema de género fundado en el patriarcado.

Por ello el espacio de la casa constituye el lugar de mujeres, ancianas, jóvenes y niñas. Es también el lugar de refugio, de protección pues en él algunos varones, sobre todo niños y ancianos o enfermos se mantendrán recluidos, bajo la atención de madres, abuelas, primas, hermanas, etcétera. También en él se encuentran las marcas de los estadios de vida (ser “menor” de edad, anciano o anciana). Es decir, que el ordenamiento de género se matizará por la etnia y atravesará y dará sentidos a los estados de salud, de edad y generación.

Por tanto, el espacio doméstico es en sí considerado un lugar para lo construido como femenino, de esta forma el lugar se generiza, se feminiza, con ello se logran significados relacionados con la forma en que se asume y toma sentido la protección, el cuidado y la intimidad. También se inscribe y entiende la maternidad en lo privado o del refugio para salvaguardar lo fragilizado. Esto se matiza por la construcción de la etnicidad, la cual, como se ha planteado, se encuentra en conflicto y negociación frente a lo considerado no indígena. Ésta, ahora vive enfrentándose a una nueva etapa del despliegue del sistema mundo occidental, a través de su engarzamiento con el fenómeno de la sociedad red, cuyas evidencias constituyen la proliferación de tecnologías, medios de comunicación y redes sociales (Turner, 1999). Además, todo este conjunto de condicionamientos obligan a cambiar a los mecanismos convencionales de comunicación tanto al interior como al exterior de la casa. El espacio es entonces, una extensión del propio sujeto, en este entendido, el lugar por sí sólo no implica nada, pero se llena de sentido cuando es utilizado para la vida doméstica.

La construcción social de género, implica que la familia puede ser utilizada tanto reproducir como para transformar normas de género dominantes. La investigación demostró la afirmación de Stromquist (2006: 37) que parte de la idea de que “las familias son también espacios de resistencia y negociación, porque las diferencias de privilegio y poder pueden ser cuestionadas”

Es así que las mujeres triqui comienzan a cuestionarse las relaciones de género y los roles asignados, situación que tiene que ver con la edad. Algunas señalan que tienen que realizar ciertas actividades como parte de

su deber como mujer trique pero también manifiestan desacuerdo con sus antepasados. Marcelina y Pánfila lo expresan así:

Que los hombres no deben de cocinar que nada más las mujeres debemos de cocinar, porque los hombres tienen aparte su trabajo y eso bueno lo dicen los antepasados, pero también está un poco mal, digo yo ¿por qué un hombre no puede ni siquiera calentar una tortilla? ¿Por qué un hombre no puede ni servir su comida? y pues está mal lo que hicieron los antepasados, bueno los triqui...(Marcelina, Mayo, 2016).

Sí, que eso no está bien, que no, que tú también puedes hacer, tienes dos manos y yo también, parece que las mujeres nosotras tenemos más trabajo, con la casa y vienes todavía, vienes de un trabajo de limpiar y ya vienes que ya nos haces esto (pedir atenciones), pero no ha de ser así porque al contrario, yo me quedo a moler, lavo los trastes, limpio la casa, barro, no sé qué, lavo ropa y hago comida otra vez y al contrario me vienes a regañar...en lugar que me quieras me vienes a regañar. Le digo: yo no encuentro nada de chiste, porque ni un chiste así porque ya, ya parece que nosotras las mujeres trabajamos más, voy a ir hasta el monte contigo, vamos a traer leña, vamos a limpiar las milpas, yo lo puedo hacer (Pánfila, mayo, 2016).

Ellas reconocen que la división del trabajo y los roles de género han sido transmitidos a través del tiempo y la costumbre, sin embargo también señalan que pueden cambiar. Las mujeres incursionan en el trabajo productivo que hacen los hombres: van a las milpas, limpian, siembran, cosechan, por lo que también les gustaría que ellos las apoyaran en las actividades del hogar.

Vínculos entre la casa y la comunidad a través de los puentes del trabajo generizado

Las casas, en su sentido plural constituyen el conjunto de un asentamiento, más allá de la definición estática de poblado, éstas dan sentido a la comunidad, creando espacios o cronotopos comunitarios cuya relación permite su refuerzo mutuo y la cohesión social. Así, los cronotopos como el mercado, los templos, las calles, los campos, sembradíos, las mojoneras, las “tienditas”, etcétera, también permiten advertir la existencia y fluidez de contenidos simbólicos que sostienen el orden de género y la identidad triqui contemporánea, en San Andrés Chicahuaxtla.

Unas de las evidencias más contundentes de la relación entre el espacio doméstico o privado con el espacio público, comunitario o el conjunto del territorio triqui, son las asignaciones y responsabilidades de los hombres y mujeres, que se reparten entre esos espacios y tiempos. Como se ha expuesto, la participación de las mujeres aparece como si fuera temporal y restringida a actividades; que pese a tener importancia estratégica en la reproducción social del grupo doméstico, y comunitario, sus acciones son subordinadas y desvaloradas.

En el caso de los varones, sobre todo de jóvenes y adultos, el complejo de cronotopos ubicados en lo público se convierte prácticamente en el espacio vivido y habitado. En él sus acciones son reconocidas de manera pública y les otorgan prestigio. Mientras que en el caso de las mujeres, aunque se ha documentado su fuerte presencia en ese espacio, que ha evidenciado su participación en cronotopos del espacio comunitario, no sucede lo mismo, lo que hace ver la vigencia de un ordenamiento de género de tipo patriarcal, en el conjunto de la territorialidad triqui, de manera cotidiana.

Otra expresión donde es posible advertir la relación entre lo doméstico y lo público son en las responsabilidades masculinas, las cuáles se mueven entre estos espacios. Sin embargo, las asignadas y asumidas en lo público, generalmente se refieren a responsabilidades o compromisos con su colectivo o comunidad, las cuáles les otorgan mayor renombre o estatus. Entre ellas se encuentran, por ejemplo: los cargos de las fiestas de santos o del gobierno municipal, después los trabajos comunales agrícolas o relacionados con el campo. Algunas acciones están vinculadas con la escuela, el mantenimiento de calles, obras de servicio y de infraestructura comunitaria.

Los hombres también realizan actividades que podrían ser consideradas más de tipo individual. Éstas se identifican como parte de las estrategias para cumplir con asignaciones de la proveeduría a la reproducción del grupo doméstico o de la casa. En estas se encuentra el comercio o los servicios de transporte (como conductores de taxis), el trabajo en los talleres de carpintería o herrería, el ejercicio de docencia (dando clases en la comunidad), la agricultura y, desde luego, la migración, como último recurso.

Ese rejuego de la distribución de trabajo masculino para atender las necesidades domésticas y comunitarias, así como aquellas de tipo personal, conlleva, a la vez a formas particulares de entender, clasificar y usar el tiempo. Así, la distribución del tiempo se da durante el día, la semana o el año, definiendo “temporadas” y generando itinerarios masculinos que revelan la existencia de cronotopos hilados entre el espacio de los domésticos (la casa), lo público (la comunidad) o fuera de ella. Transitarán de la casa a la tienda, a las canchas, la agencia municipal, el templo, la calle, etcétera:

El día amanece y salgo tempranito a la milpa cuando hay que sembrar, allá me llevan la comida... por las tardes subo a la agencia municipal porque ahorita tengo cargo, luego vamos a la tienda o si hay que ir a Putla o a Tlaxiaco es todo el día, entonces ya no voy al campo... por la noche mi mujer sirve la cena y después dormimos (Fulgencio, mayo 2016).

La apropiación y uso de los espacios privado y público transcurre a través de una escala del uso del tiempo. Así el día se divide en “mañanas” (*tempranito*), “tardes” o “noches”. A lo largo de un día, los varones juegan con el espacio doméstico y público. Este último está en función de la casa, así se crea la dimensión de lo cercano y lo circundante. Por ejemplo *la milpa* es un lugar muy cercano a la casa, mientras que la *agencia municipal*, pese a que está en el entorno comunitario, se percibirá como distante a la casa. En el primer caso los servicios domésticos por parte de las mujeres se hacen obligatorios (*allá me llevan la comida*), es decir el cronotopo de la milpa mantiene una relación estrecha con la casa, mientras que durante el tiempo de desempeño de actividades en la agencia municipal parece romperse dicha obligación.

En el testimonio de Fulgencio se advierte que hombres como él dedican la mayor parte del tiempo en el exterior como el campo, la agencia municipal y la tienda. En este discurso no se expresa el aburrimiento, aunque deja ver la importancia que tiene cada una de las acciones, sobre todo como parte de las estrategias de reproducción social del grupo comunitario. En este sentido Hernández (2009) y Díaz (2012) señalan que los varones indígenas no sólo son considerados los jefes o representantes de los grupos domésticos sino que en ellos recae la responsabilidad de la reproducción comunitaria. Así los varones, al cumplir con sus responsabilidades y asignaciones de género, llegando a cierta edad y estatus, logran ser reconocidos tanto por el grupo doméstico como por la comunidad. Se convierten en “padres simbólicos” de la comunalidad, algo muy característico del orden de género patriarcal.

En general los discursos y la observación registrada revelan que los varones dedican las tardes para el servicio a la comunidad, el cual puede estar circunscrito en el lugar que concentra el significado del municipio (*agencia municipal*), pero también fuera de la comunidad, a lugares de importancia de gestión política, búsqueda de empleo o de mercado (Tlaxiaco y Putla). Las noches son para volver a la casa, en la cual, interpretando el testimonio de Juan y Agustín, la cocina es usada por los hombres únicamente para tomar los alimentos:

Nosotros no podemos hacer la comida, las mujeres son las que elaboran la comida, digamos es su participación de ellas... pero en la casa uno ayuda (Juan, mayo 2016).

Las mujeres son las que agarran la masa y todas esas cosas de la cocina. Yo sólo acomodo los troncos. Otras veces ayudo a prender lumbre, pero es todo (Agustín, mayo 2016).

En la vida cotidiana de los hombres triqui, no deben ni tienen que usar el espacio de la cocina para la elaboración de sus alimentos, excepto cuando existen condiciones extremas de incapacidad de las mujeres que forman parte de ese grupo doméstico.

El discurso recogido a partir de la fotografía participativa también evidencia la diversidad y complejidad de actividades asignadas y realizadas por mujeres y hombres en el espacio doméstico y comunitario. Dichas imágenes, interpretadas por sus autores y autoras, muestran las distribuciones de los intersticios cronotópicos que forman la casa, la presencia y ausencia de objetos que develan las asignación de género, así como las conexiones del espacio privado con el espacio público. Por ejemplo, Juliana y José, teniendo como fondo una de las fotografías tomadas por ella y él, respectivamente, describen un día en su cotidianeidad.

...aquí las mujeres nos quedamos a moler, a lavar trastes, a las tortillas, a tejer...vamos a traer leña, vamos a limpiar las milpas, vamos con animalitos... Es que yo siento que nosotras las mujeres trabajamos más (Juliana, mayo 2016).

Me gusta caminar y ver los campos. También venir a la agencia y estar también en la iglesia porque aquí entra uno para ver que hay nomás... a veces una hora o una hora y media en las canchas, eso sí juego, si no, nada más vengo a ver y ya y me regreso. En la tarde como a las seis o cinco, por ahí, se empiezan a juntar más gente... (José, mayo 2016).

A primera vista resaltan las diferencias discursivas sobre la percepción de un día en la vida de una y del otro. Juliana, después de enumerar la diversidad de tareas concluye que son las mujeres a quienes se les asignan mayores responsabilidades y trabajo, mientras que José, con lujo de detalle y holgura muestra los itinerarios entre los cronotopos del espacio público, en los que parece estar satisfecho, sobre todo visibiliza el momento de ocio o distracción a través del deporte. En su discurso no aparece para nada la casa, solamente la esboza cuando dice "me regreso". Los tiempos en los que se desarrollan las actividades de unos y otros, también cambian.

Las mujeres viven los espacios de acuerdo con los roles que deben de cumplir. Otras investigaciones constatan que esto incide en la configuración de modelos de género convencionales al patriarcado. Por ejemplo, Del Valle (1991) explican que ese deber ser es muy cercano a concepciones esencialistas y biológicas, las cuales limitan que se aprecie que la generización del espacio es funcional al mantenimiento y reproducción de estatus que condicionan a que las mujeres vivan en una posición de género subordinada, a que se les excluya de procesos valorativos del trabajo y de su reconocimiento e incorporación como sujetos de derechos.

Al destacar algunos puntos de los discursos, como el de Fulgencio, tales como: "...salgo tempranito a la milpa... allá me llevan la comida... por la noche mi mujer sirve la cena", evidencian que las relaciones de género entre la sociedad triqui se establecen de manera asimétrica, revelan como lo afirma Rubin (1997) que el género, aun en las sociedades indígenas se fundamenta en el ejercicio de poder desigual, pues en éstas las mujeres aparecen en una posición de subordinación. No sólo fue el caso aludido, también otras declaraciones registradas, a través del trabajo etnográfico, muestran que la construcción del modelo de masculinidad dominante en San Andrés Chicahuaxtla está ligada a asignaciones, responsabilidades y actividades diferentes a las de las mujeres; aquellas que les otorgan dividendos, concesiones y estatus diferencial que a las mujeres.

En general, se puede constatar que la casa y la comunidad, desde luego sus cronotopos o intersticios, son espacios vividos desde el orden de género patriarcal, matizado por la cosmogonía resiliente y resignificada de la etnicidad triqui. En este sentido, la propuesta de los cronotopos, planteada por Del Valle (1991) es de gran utilidad metodológica, puesto que su uso permite advertir cómo, los ordenamientos de género, crean percepciones y apropiaciones diversas de los espacios, por lo que es un aspecto a tomar en cuenta al momento de hacer lecturas sobre los sistemas de género, singularizados por las elaboraciones simbólicas y significativas de cada sociedad, como las indígenas.

En estos contextos el estudio del espacio doméstico y sus vinculaciones con lo público, en tanto espacios percibidos y vividos, requiere considerar cómo las experiencias de mujeres y hombres indígenas están ligadas a la vigencia y socialización del orden de género, y cómo, éste, significa o generiza al lugar o lugares. También revela que una vez apropiados y designados los espacios aludidos, se suceden procesos de reproducción de dicho orden, dejando pocas posibilidades para su transformación.

Se puede advertir que las experiencias de vida de mujeres y hombres condicionan la apropiación de la casa y la comunidad, convirtiéndolos en lugares profundamente significados y rutinizados por el género y la etnia. En este sentido, los discursos de Lefebvre (1961) y Lindon (2004) confirman que en los espacios de lo privado y lo público, las actividades están establecidas y difícilmente se modifican. Sin embargo, eso podría suceder en ocasiones especiales.

Conclusiones

Los espacios domésticos y públicos que conforman el territorio triqui contemporáneo son el resultado de las experiencias ligadas a la etnicidad resignificada a la vez organizada por un sistema de género que expresa ordenamientos y subjetividades singulares del patriarcado y heterosexismo funcionales a la etnicidad y a la sobrevivencia indígena. En ellos se suscitan motivaciones, obligaciones y subjetividades de acuerdo con quienes los habitan y viven de forma individual y colectiva. En ellos la construcción del tiempo es fundamental, el cual sumado al orden de género, matizado por la etnicidad, permiten el acceso, uso, manejo y control diferencial del espacio en su conjunto y de sus vericuetos e intersticios, cuyos productos son lugares generizados y etnizados que responden a intereses prácticos y estratégicos en torno a la reproducción social del grupo doméstico y del comunitario. Así, los lugares mantienen y reproducen estructuras y relaciones de poder, difícilmente superables desde una cotidianidad que se hace cómplice de esos ordenamientos.

La relación entre lo que transcurre en la casa y la comunidad triqui, de San Andrés Chicahuaxtla, está dado por la forma como mujeres y hombres significan los espacios, lo cual se articula desde sus necesidades prácticas y estratégicas de género y de identidad étnica. Por ejemplo desde la producción y reproducción social en la que se debe conciliar los intereses individuales, los del grupo doméstico y los de la comunidad.

La concepción triqui sobre los espacios domésticos (la casa) y públicos (la comunidad), reúne tanto sistemas simbólicos y prácticas cotidianas de género y etnia, necesarios en la distribución y asignación de tareas para hombres y mujeres. Son a la vez significados y significantes de género, en este caso matizados por la etnicidad indígena, que sirven de motores y de contenidos de una pedagogía que promueve las subjetividades, las posiciones de género en nuevas generaciones. Así, interpretando ese espacio y tiempo, reunidos por los contenidos de etnia y género, siguiendo la propuesta que hace Del Valle (1991) sobre los cronotopos de género, se entiende que esos ordenamientos tienen vigencia en el transcurrir cotidiano de la casa y la comunidad. Por ello requieren entenderse como situaciones normativas, en las cuales se fija el deber ser de hombres y mujeres, sus estereotipos de lo femenino y masculino, y sus funcionalidades al patriarcado y al heterosexismo. Desde este discurso, se entiende que la vida de las mujeres y hombres triqui está marcada por las experiencias del día a día. En ellos se ponen de manifiesto las relaciones sociales que determinan ocupaciones temporales y permanentes que impactarán, directa o indirectamente, en la presencia o ausencia de unas y otros en ciertos lugares de la vida cotidiana. Así, esos cronotopos son apropiados, usados y significados de manera diferente por mujeres y hombres y pueden ser advertidos solo a través de observar su presencia y ausencia en el transcurso del tiempo y sus escalas horarias.

Además, la identificación y definición de cronotopos permite advertir la manera diferenciada en la construcción de las identidades masculinas y femeninas. Las mujeres triquis asumen su identidad a partir de la apropiación de la casa y de sus intersticios, develando la trascendencia generizada de este espacio como femini-

zado. Especialmente la cocina, se ha construido el espacio asignado, percibido, apropiado y vivido por las mujeres triquis como propio. Si la casa es un espacio vivido y asumido por las mujeres, la cocina es ese microespacio que las confirma y refuerza su identidad de género y étnica, pues en él, ellas deben mostrar y demostrar sus conocimientos y habilidades del deber ser; desde cómo usar los objetos, cómo cocinar, cómo mantener orden y limpieza, y cómo “atender” a las y los otros, especialmente a los hombres. También la cocina se extiende temporalmente al espacio comunitario, especialmente cuando las mujeres contribuyen con su trabajo, talentos y organización al buen desahogo de las comidas de fiestas comunitarias, asumidas como “cargos” por los varones.

El espacio de la casa cobra sentido a partir del deber ser para mujeres y hombres, que viven, sienten, actúan y se mueven en un sentido vinculado al trabajo y cuidado familiar, que será casi siempre el mismo a lo largo de las diferentes etapas de la vida. Los espacios de la casa están imbuidos por los roles y necesidades ancestralmente heredados de un patriarcado que controla el ser, y la existencia de mujeres y hombres.

Observar los espacios domésticos y sus vínculos con lo comunitario, en San Andrés Chicahuaxtla, Oaxaca, permitió descubrir las formas simbólicas interiorizadas del ser triqui, en tanto presencia de estructuras, relaciones y procesos de género, a la vez insertas a subjetividades indígenas. El estudio de dichos espacios reflejó que hombres y mujeres experimentan de una forma distinta los entornos públicos y privados. Sin embargo, esas diferencias están totalmente relacionadas a la estructura social y de género que fluye desde la comunidad a lo doméstico y viceversa. Se trata de una estructura que se ha conformado por su historia, ligada a la sobrevivencia étnica. En este contexto, los significados simbólicos asociados al sistema hegemónico occidental imperante, pugnan por internalizarse de manera renovada, superando y sirviéndose del judeocristianismo cribado por la resiliencia indígena; desde ese conflicto intercultural permanente surgen y se sostienen sistemas simbólicos y normativos, que moldean comportamientos y creencias de mujeres y hombres. Estos significados se van heredando de una generación a otra, con pocas posibilidades aparentes de cambio, por lo que se hace necesario explorar a mayor profundidad las dinámicas y procesos de género y etnia en ambos espacios, buscando elementos que muestren otras posibilidades en la superación de desigualdades estructurales.

Referencias

- Augé, Marc. 2008. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona. España: Gedisa
- Barffusón, René, Jorge Revilla y Carlos Carrillo. 2010. “Aportes feministas a la educación”. *Enseñanza e investigación en psicología*. 15: 357-376.
- Dalton, Margarita. 2010. *Mujeres: género e identidad en el Istmo de Tehuantepec*. Oaxaca, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Del Valle, Teresa. 1991. “El espacio y el tiempo en las relaciones de género”. *Kobie. Revista de Antropología cultural* 5: 223-236.
- Del Valle, Teresa. 2000. “Proceso de la memoria: cronotopos genéricos”. En: Teresa del Valle (Ed.). *Perspectivas feministas desde la Antropología Social*. Barcelona, pp. 243-265.
- Díaz Cervantes, Rufino. 2012. *Etnia, género y migración en la (re) significación masculina y sobrevivencia Xioi-pane*. Tesis doctoral. España: Universidad de Deusto, País Vasco.
- Di Nucci, Josefina y Diana Lan. 2006. “Nuevas horizontalidades territoriales en la distribución minorista de alimentos y bebidas en Argentina: el fenómeno de vuelta al barrio”. *Investigaciones y Ensayos Geográficos. Revista de Geografía* 5:75-88.

- Dussel, Enrique. 2005. Transmodernidad e interculturalidad. Interpretación desde la Filosofía de la Liberación. México: UAM.
- Esquivel, Teresa. 2006. "Conformando un lugar: narrativas desde la periferia metropolitana". En *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* coordinado por Ramírez Patricia y Miguel Aguilar Díaz, 35-49. México: Anthropos UAM.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira. 1994. Trabajo femenino y vida familiar en México. México: El Colegio de México.
- Harding, Sandra. 1996. Ciencia y feminismo. Ediciones Morata
- Hernández Sánchez, Ernesto. 2009. Entre la memoria y el olvido: padres migrantes indígenas. Masculinidades, el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres. Madrid: Plaza y Valdés
- Lamphere, Louise, Helena Ragoné y Patricia Zavella. 2014. *Situated lives: Gender and culture in everyday life*. New York: Routledge.
- Lastra, Yolanda y Alejandro Terrazas. 2006. "Interpretación de posibles actividades agrícolas prehispánicas a partir del análisis del Chichimeco Jonaz." *Anales de Antropología* 40(2).
- Lefebvre, Henri. 1961. *Critique de la vie quotidienne*. Vol. II: Fondements d'une sociologie de la quotidienneté. París: L'Arche Editeur.
- Lindón, Alicia. 2004. "Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana". *Veredas: Revista del pensamiento sociológico* 39-60.
- Martínez Casas, Regina. 2002. "La comunidad moral como comunidad de significados: el caso de la migración Otomí en la ciudad de Guadalajara". *Alteridades* 12(23), pp. 125-139.
- Piaget, Jean. 2005. *La equilibración de las estructuras cognitivas. Problema central del desarrollo*. Argentina. Siglo XXI Editores.
- Rubin, Gayle. 1997. "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo" En *el género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compiladora Lamas Marta. México: PUEG-UNAM. Porrúa.
- Sabaté, Ana, María Díaz, María de los Ángeles y Juana Rodríguez. 1995. *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una geografía del género*. España: Síntesis.
- Sandoval, Carlos. 2002. *Investigación cualitativa. Programa de Especialización en teoría, métodos y técnicas de investigación social*. Bogotá, Colombia: Instituto colombiano para el fomento de la educación superior.
- Santos, Milton. 1996. *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos Tau.
- Scott, Joan. 1986. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". *Historical review* 91:1053-1075.
- Stromquist, Nelly (2006). Una cartografía social del género en educación. *Educ. Soc., Campinas*, (27) 95.
- Turner, Terence. 1999. "Indigenous and Culturalist Movements in the Contemporary Global Conjuncture". En *Las identidades y tensiones culturales de la modernidad. Homenaje a Xeneración Nós*, editor Francisco Fernández del Riego. España: VIII Congreso de Antropología de la FAAE, Asociación Galega de Antropología. Santiago de Compostela 52-72.
- Vargas Ulate, Gilbert. 2012. "Espacio y territorio en el análisis geográfico". *Reflexiones*, 91(1).
- Zapata, Emma, María del Rosario Ayala, Blanca Suárez Blanca, Austreberta Nazar, y Lázaro, Rosa. 2014. *Entre la frontera y la tradición compartida: jornaleros y jornaleras del café*. México: Colegio de Postgraduados.